

NO FICCIÓN / Historia, Ensayo y Ciencias Sociales, por FRANCISCO BOBILLO



Los usos del lenguaje político

Irene Lozano trabaja como periodista. Escribe con soltura e instinto divulgativo. Utiliza citas tomadas de libros de autores clásicos, del periódico o de Internet. Su formación en Filología le ha llevado a interesarse por los usos del lenguaje, tan descuidado, el pobre, acerca de lo cual ha publicado varios libros. Además de ello, tiene inquietudes políticas.

Por eso esta última y reciente obra está dedicada a comentar ciertos usos del lenguaje político, reflejados y amplificadas por los medios de comunicación. Esta última palabra constituye el cabo de la madeja que la autora devana no para construir una teoría, sino para mostrar algunos casos concretos de uso indebido e interesado de las palabras.

Señala la autora que, al igual que los Ministerios de la Gue-



EL SAQUEO DE LA IMAGINACIÓN
Irene Lozano
Debate.
Barcelona, 2008.
228 págs. 19,90 €.

rra son hoy llamados Ministerios de Defensa, para eludir el desprestigio de la antigua pero sincera denominación, también la *propaganda*, por idénticos motivos, es hoy llamada *comunicación*. En multitud de

organizaciones públicas y privadas, ese aséptico vocablo cobija gabinetes especializados en encubrir, tergiversar o simplemente negar la verdad. ¿Qué es lo que comunican?

La comunicación, como repiten los alevines de periodistas, tiene dos polos, emisor y receptor. Y los gabinetes de comunicación pertenecen, han sido creados y están pagados por el primero de ellos para hacer llegar al segundo una interesada versión de algo. Es decir, la comunicación es propaganda. Para la autora nada puede objetarse a que quienquiera que sea haga propaganda, en cambio le disgusta que encubra dicha actividad con el nombre de comunicación. No le gustan los eufemismos.

Mediante pequeños artículos de dos o tres páginas, la



autora se detiene a observar determinadas palabras de uso frecuente en el vocabulario político actual. La imprecisión, ambigüedad, incluso anfibología de dichas palabras (libertad, progreso, democracia, terrorismo, tortura, etc.) permiten su utilización indiscriminada y pocas veces inocente. La autora quisiera un consenso acerca de un único significado para tales palabras. Sabe que su deseo es quimérico. Ella recurre a la etimología y a los diccionarios. Pero olvida dos cosas. Una, que las palabras no tienen dueño. Otra, que sólo se puede definir aquello que no tiene historia.

La Historia exige descripción en lugar de definición, porque en ella el sentido de las palabras conoce alteraciones. Y en cada etapa histórica coexisten en muchas palabras retazos de significados originarios con otros adquiridos posteriormente. El lenguaje natural

es mucho más inexacto y cambiante que el lenguaje formal. Pero también es mucho más rico.

Desde los filósofos griegos hasta Hume, Locke, Mill, los miembros del Círculo de Viena, Peirce, Searle, Van Dijk y tantos otros, han sido escritas miles de páginas iluminadoras

tora recurre alguna vez, señaló en uno de sus aforismos que "los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo". Y en otro que "las palabras son los barrotes de nuestra celda". Esos barrotes son como los de Abu Ghraib o Guantánamo. Y Bush, Cheney, Rumsfeld y otros del clan, cuyas palabras recoge paciente-mente la autora de este libro, saben perfectamente, sin necesidad de muchas lecturas, el uso perverso que hay que darle a palabras como "tortura" para encerrar con ellas el pensamiento de sus dóciles interlocutores, casi siempre periodistas, que trasladan esas palabras al público.

La autora coincide con Klemperer y dice que ese abuso de las palabras es "un auténtico saqueo de la imaginación". ¿Qué es lo que quedará una vez saqueada? ¿La poesía después de Auschwitz? ¿El silencio?

LA AUTORA QUISIERA UN CONSENSO ACERCA DE UN ÚNICO SIGNIFICADO PARA CIERTAS PALABRAS. UN DESEO QUIMÉRICO

sobre todo ello. También los modernos estudios de retórica, entre los cuales destaca ante todo López Eire, ponen de manifiesto los usos interesantes del lenguaje. No merece la pena ni resumir ni repetir lo ya escrito.

Wittgenstein, a quien la au-